

Mariela



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual Nº 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Mariela

Fernando Olavarría Gabler

La ciudad tenía una plaza, y la plaza una fuente.

En el centro de la fuente, el Alcalde había colocado una estatua de mármol. De la boca de la estatua salía un chorro de agua cristalina que caía rebotando sobre las negras piedras semicubiertas de musgo y salpicaba las plantas que crecían alrededor.

En ese artístico lugar vivía Mariela, junto a sus numerosos parientes. Mariela pertenecía a una antigua familia de peces rojos de la China, cuyo abolengo era el de los pescados, porque sus antepasados habían sido "pescados" del río Amarillo de la China y llevados al Occidente para ser vendidos por los mercaderes. Esto había ocurrido muchos siglos atrás.

Es así como Mariela, la Pescadina, era hija de don Pescado y de doña Pescada; su hermano mayor era Pescadín y su hermana pequeña era la Pescardita. Tenía una tía gorda llamada Elena la Pescadota, hermana de Pescaduna la tía soltera.



Todos eran descendientes del abuelo Pescadón cuya blanca cola y sus retorcidos bigotes reflejaban los muchos años que tenía. Pero Pescadón no era el más viejo, ya que era hijo del Gran Bipescardón (bisabuelo de Mariela). Este anciano pez, cuya cola no estaba blanca por los años sino muy amarilla y arrugada, ya casi no veía. Sus ojos estaban cubiertos por una tela opaca y su diario vivir consistía en alimentarse de las más sabrosas y nutritivas algas verdes que le echaban los otros peces en la boca. Además, dormitaba durante el día y dormía en la noche, debajo de una gran hoja de nenúfar dedicada exclusivamente a él.

Mariela era muy hermosa: Tenía la cola larga y roja, la cabeza roja, las aletas rojas, la boca roja, el vientre rojo y ¿los ojos?, negros.

¡Qué linda era Mariela! Cómo brillaban sus escamas cuando jugaba en los días de sol con su pariente lejano apodado "el Pinta". El Pinta era de color blanco y tenía una mancha roja en la frente que le

invadía el ojo izquierdo. ¿Han visto ustedes esos perritos blancos con una mancha en el ojo? Pues bien, el Pinta era un pez blanco con una mancha roja en vez de negra.

Mariela lo encontraba muy simpático y a menudo jugaban acompañados de su hermana menor, la Pescardita.

Cuando los días estaban despejados y el Sol entibiaba las aguas, la numerosa familia Pescado decidía dar una vuelta alrededor de la fuente.

Como ostentaban muy buena educación, primero iban a saludar al Bipescardón y lo convidaban ceremoniosamente al paseo. Pero el bisabuelo simulaba dormir o abría lentamente la boca y decía ¡Arghch! Esto, en el lenguaje de los peces rojos del río Amarillo de la China, quiere decir: *Vayan ustedes y déjenme a mí aquí tranquilo, a la sombra.*

Partía lentamente la gran familia y observaban y comentaban

cada detalle: Los papeles y cáscaras de naranja que habían echado los niños o las monedas que relucían en el fondo.

Para Mariela estos rutinarios paseos eran sumamente aburridores. Siempre su mamá le estaba llamando la atención. ¡Mariela!, cuidado con ese pedazo de pan, puede ser peligroso. ¡Mariela, no te acerques mucho a la orilla! ¡Mariela! ¡No nades tan cerca de la superficie! ¡Mariela, ese vidrio roto te puede dañar! ¡Uf! Qué insoportable todo esto decía la pescadita ¿Por qué no me dejan nadar libremente por todas partes? Pues ¡no!, tenían que molestarla constantemente con toda clase de consejos y prohibiciones que encontraba exagerados y absurdos.

Un día, Arturito, un niño que vivía cerca de la plaza, se puso a caminar en el borde de la fuente. No te vayas a caer -le previno su mamá -pero el niño continuó equilibrándose hasta que ¡Plaf! Arturito cayó de cabeza al agua.

Esto fue un acontecimiento importante para la familia de los pescados. Mariela no pudo olvidar aquella tremenda batahola creada por los brazos del niño y los pies con los zapatos negros y calcetines blancos que chapoteaban en el agua formando grandes burbujas.

El mundo debe estar pleno de sensaciones que desconozco, se dijo la pececilla. La vida que llevo al lado de mi burguesa familia me aburre. Sus costumbres son tediosas.

¡Yo quiero nuevas emociones y aventuras!

Pasaron los días y un domingo a la hora de la siesta, cuando la familia dormía recostada en el suelo fangoso, Mariela decidió recorrer sola los lugares más apartados de la fuente. Se alejó silenciosamente de las plantas acuáticas y luego, a plena luz se puso a nadar velozmente, llena de alegría.

¡Qué hermoso era vivir y sentir los tibios rayos luminosos sobre sus costados! ¡Qué agradable era saltar y nadar cerca de los

chorros de agua fresca y transparente que caían desde el cielo! ¡Qué atractivo era curiosear y probar cuanta cosa encontrara por delante sin tener que oír las advertencias de sus padres!

Delante de ella había una sabrosa miga de pan, inmóvil, que parecía invitar a que se la comieran. La pececilla abrió la boca y la engulló, pero ¡ay! ¡Qué dolor! La miga no era tan sabrosa; Mariela sintió un terrible pinchazo que le atravesó el paladar. Quiso huir pero no pudo y súbitamente se encontró fuera del agua.

Estaba asustadísima porque, además del dolor en la boca sentía que se asfixiaba. Trató de nadar pero estaba aprisionada por una mano. Era la mano de Arturito. El niño la había pescado con un hilo y un alfiler que había doblado como anzuelo.

Después de liberarla del alfiler, introdujo al pez dentro de un frasco con agua y corrió hacia su casa. ¡Miren lo que pesqué! Les gritó triunfante a sus hermanos y levantando en alto el frasco lo puso en el



centro de la mesa del comedor. Hubo un gran alboroto y todos se acercaron al frasco para observar mejor al pez rojo. Mariela vio con terror, grandes ojos, dientes descomunales, bocas que reían y narices achatadas contra el vidrio. Fue tal el miedo, que trató de huir hacia el fondo, pero no pudo ir lejos porque chocó contra las paredes transparentes. Retrocedió, pero todo fue inútil. Los niños reían a más no poder y Rodrigo, el menor de todos, metió la mano al agua y trató de atraparla. La pescadita se defendió huyendo en círculos, pero ya las uñas se habían clavado en sus costados provocándole un intenso dolor. Dos hermosas escamas se desprendieron y bailaron lentamente en el agua como dos tristes hojas de otoño...

 Pero eso no fue todo. Otro chiquitín logró cogerla y la sacó fuera del agua. La pescadita dio rápidos y enérgicos coletazos, y fue para peor, porque al escabullirse de las manos del niño, cayó golpeándose fuertemente en la alfombra.

¡Mamá! -gritó la pecadita -pero nadie la oyó, porque los peces no se oyen cuando gritan fuera del agua. Pronto Arturito la cogió y la introdujo nuevamente en el frasco.

¡Pobre Mariela, cuántas penurias había tenido en tan poco tiempo! Sin embargo iba a sufrir aún más.

Pasaron los días y los niños se cansaron de observar al pececillo rojo. El agua estaba turbia, debido a la gran cantidad de pan que le habían echado para alimentarlo.

La desdichada pescadina apenas podía respirar. Subió a la superficie y empezó a tragar agua mezclada con aire. Para buena suerte de ella, Arturito decidió cambiar el agua ese día y nuevamente pudo respirar mejor. Pero no tardaron mucho en olvidarse del pececito rojo y continuaron los sufrimientos. ¡Qué desgraciada soy! -se dijo Mariela -Se puso a llorar, pero a los peces no se les ven las lágrimas cuando lloran porque éstas se confunden con el agua y nadie se dio

cuenta de lo triste que estaba la pobre pescadita.

Mariela ya no era la hermosa pececilla roja que vivía en la fuente. Ahora estaba convertida en un pez enfermo, de flaco vientre y amarillentas escamas. Sus aletas estaban constantemente plegadas y negruzcas. Los ojos estaban hundidos en las órbitas y la boca angulosa se abría lentamente. ¡Qué demacrada se veía!

¡Ah! -el mundo no es como yo me lo imaginé -se dijo con gran tristeza -después de todo, allá en la fuente era feliz porque no pasaba hambre y vivía rodeada del cariño de mis parientes. ¡Qué tonta fui al engañarme con falsas apariencias! Pero ya no era tiempo para arrepentirse y solamente esperaba morir, porque las fuerzas se habían terminado y apenas podía nadar.

Un día, la mamá de Arturito la observó y tuvo compasión de ella.

-Pobre pececito enfermo -comentó delante del niño -¿por qué

no lo echas nuevamente a la fuente? Aquí se va a morir. Llévalo al lugar donde él está acostumbrado a vivir. Así lo hizo el niño, movido también por una gran lástima. Tomó el frasco entre sus manos, llegó a la fuente y lo vació.

Salió nadando Mariela y se fue lentamente al fondo. Allí estuvo bastante rato escuchando el armonioso ruido del agua que caía desde el cielo y que le era tan familiar.

Poco a poco fue reponiéndose en ese ambiente puro y saludable, y con débiles movimientos de su cola avanzó hacia el centro de la fuente.

¡Qué alegría la de todos al verla otra vez junto a ellos! La pobre estaba muy enferma, pero aún vivía.



Mucho la cuidaron durante varias semanas y la amarilla pescadita fue engordando y retornando a sus antiguos colores. Desapareció el negro de sus aletas enfermas, se abultó el vientre y se redondeó la cara. Sus ojos ya no estaban tristes y hundidos, y el vivo color rojo apareció en sus escamas. ¡Cuánta felicidad la de sus padres al verla nuevamente tan linda! Una mañana, antes del acostumbrado paseo dominical, la llevaron delante del Gran Bipescardón. El viejo pez continuó inmóvil y después de un angustioso silencio, abrió la boca y dijo: ¡Ergcht!, lo que quiere decir en el lenguaje de los peces rojos del río Amarillo del Celeste Imperio: Me alegro mucho de verte. Veo que estás más repuesta. Espero que hayas aprendido la lección y no seas más desobediente. Porque los buenos consejos que te dan tus padres, son siempre para tu bien y no para provocarte desagradados.

Mariela estaba muy roja de vergüenza, pero luego se serenó y quedó con su color rojo habitual.

Pasaron los años y Mariela se convirtió en una hermosa pescada algo regordeta.

Un tibio día de primavera, cuando las campanas de la iglesia llamaban a misa y los pétalos de los duraznos en flor caían sobre la superficie de la fuente, Mariela se casó con el Pinta; entonces toda la familia de los pescados nadó alborotada persiguiéndose unos a otros para demostrar así su gran alegría.

Algunos meses después Mariela puso huevos. ¿Saben ustedes cuántos?

-¿Cuántos huevos pone una gallina?

-Uno.

-¿Cuántos puso Mariela?

-Treinta mil.

Y de cada huevo nació un pececillo y la fuente se llenó de ellos.

Aquí termina la historia de Mariela. La hermosa Pescadina roja. Esta vivió muchos años rodeada del cariño de sus numerosos hijos, todos ellos descendientes del Gran Bipescardón.

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina